



October 7, 2018

Twenty-seventh Sunday of Ordinary Time

"Therefore, let no one separate what God has joined." Mark 10:9

Dear Friends;

We live in a time of epoch change. This is reflected in the fractures in society, government and religion. One of the fundamental divides is how do we look at the world. There are two major approaches. The first we might call the classical world view. This approach looks at reality through the lens of ideology and mythos. For those in this camp there is an ideal world and past. Against this everything is measured and judged. It really does not matter that things never existed as it is portrayed by them. What they point to is mythos, an idealized vision, of what they believe reality to be. They are passionately attached to this vision and facts do not matter.

In the Church we see this classical view in the small but vocal camp that opposes Pope Francis. These people opposed Pope Francis in the conclusion of the 2014 and 2015 Synods on the Family. They are furious with Francis. He suggested that there may be circumstances where, through pastoral discernment, divorced and remarried couples might be readmitted to the sacraments. For the classical world view nothing changes, cannot change and must not change. People either conform or they are condemned.

The other approach is called the historical-critical view. Here actual history and lived experience are what is important. The historical context (times, circumstances, culture and place) of an event are critical to understand where we are and where we are going. In this world view things evolve and change. There is continuity in the values, for example, a stable and faithful love. The cultural context, of how to achieve that faithful love, changes. And sometimes there are failures but also are ways of bringing healing and gradually moving people closer to the values that we hold. As Pope Francis has said, "People are more important than ideas."

Today's reading from Mark is an instance where we need to understand the original context. In the ancient Near East, people lived in large extended family units. The populace of ancient villages was made up of extended families tied together by blood and marriage. The ideal marriage partner was a son or daughter of your father's brother. For example, we have the story of Jesus healing the mother-in-law of Peter. She would not have only been his mother-in-law but most likely was also his aunt. Sons always remained with their father and brothers with their wives and children.

Another feature of marriage in this culture is you did not choose your marriage partner. God chose your parents and through your parents God chooses your spouse. This is why Jesus speaks his cultural truism "*What God has joined together, let no one separate.*" Given the nature of first century Palestinian families it is easy to understand how destructive divorce would be. It not only separates two individuals but tears apart the extended family unit which was the basis of this society. Women are not normally able to file for divorce. Divorce was a male privilege that brought shame on the family of the bride. And in this honor/shame society it opens the possibility of feuds and vendettas.

Naturally everyone would want to avoid divorce. In the time of Jesus, divorce was permitted. And there were two schools of thought one lenient the other strict. The lenient school said a man could divorce his wife for any reason, like preparing a bad meal. The strict school would only permit divorce for a grave reason such as immorality or drunkenness. The Gospel of Mark would say that divorce is too destructive to the harmony of the family and community therefore it is not permitted. Interestingly, the Gospel of Matthew does permit divorce for grave moral reasons.

So where are we today? Well I'm sure most people here are not marrying their first cousin, nor do parents choose their children's spouses. In the Church, people usually do not enter marriage with the idea that one day they are going to get divorced. People are living much longer, especially women. In the 19th Century it was not unusual for a man to have been married more than once. Women before the 20th century often died in childbirth. A man would remarry so his second wife could look after the children. Couples married 50, 60 or more years would have been rare. Our time is unique, but we try our best to form permanent, stable and loving relationships. Sometimes, we make mistakes and some relationships are too toxic. And divorce is a tragic outcome. So we seek healing and forgiveness. We discern with pastors and confessors. If we are so blessed, we try to make it work one more time with God's help. Let us pray for faithful love in all marriages!

Peace,

Fr. Ron

Esta carta está en español en el sitio web: www.stannechurchbyron.com



7 Octubre, 2018

Vigésimo-Sexto Domingo en Tiempo Ordinario

"Por lo tanto, que nadie separe lo que Dios se ha unido." Marcos 10:9

Queridos Amigos:

Vivimos en tiempos de cambio de época. Esto se refleja en las fracturas en la sociedad, el gobierno y la religión. Una de las divisiones fundamentales es cómo vemos al mundo. Hay dos enfoques principales. El primero podríamos llamar la visión del mundo clásico. Este enfoque mira la realidad a través de la lente de la ideología y el mito. Para aquellos que están de ese lado hay un mundo ideal y pasado. Contra esto todo se mide y se juzga. Realmente no importa que las cosas nunca existieran como ellos lo presentan. Lo que ellos señalan es mito, una visión idealizada, de lo que creen que es la realidad. Están apasionadamente apegados a esta visión y los hechos no importan.

En la iglesia vemos esta visión clásica en el pequeño pero vocal lado que se opone al Papa Francis. Estas personas se opusieron al Papa Francisco en la conclusión de los sínodos sobre la familia. Del 2014 y 2015 Están furiosos con Francisco. Sugirió que podría haber circunstancias en las que, a través del discernimiento pastoral, las parejas divorciadas y vueltas a casar pudieran ser readmitidas a los sacramentos. Para la visión clásica del mundo nada cambia, no puede cambiar y no debe cambiar. La gente se conforma o se condena.

La otra manera de ver el mundo se llama la visión histórico-crítica. Aquí la historia real y la experiencia vivida son lo que importa. El contexto histórico (tiempos, circunstancias, cultura y lugar) de un acontecimiento es crítico para entender dónde estamos y hacia dónde vamos. En este mundo ver las cosas evolucionar y cambiar. Hay continuidad en los valores, por ejemplo, un amor estable y fiel. El contexto cultural, de cómo lograr ese amor fiel, cambia. Y a veces hay fracasos, pero también hay maneras de traer sanidad y gradualmente llevar a la gente más cerca de los valores que tenemos. Como el Papa Francisco ha dicho, "la gente es más importante que las ideas."

La lectura de hoy de Marcos es una instancia donde necesitamos entender el contexto original. En el antiguo Cercano Oriente, la gente vivía en grandes unidades de la familia extendida. La población de aldeas antiguas estaba formada por familias extendidas Unidas por la sangre y el matrimonio. El compañero de matrimonio ideal era un hijo o hija del hermano de tu padre. Por ejemplo, tenemos la historia de Jesús sanando a la suegra de Pedro. Ella no sólo habría sido su suegra, pero lo más probable es que también era su tía. Los hijos siempre se quedaban con su padre y sus hermanos con sus esposas e hijos.

Otra característica del matrimonio en esta cultura es que no se elegía a la pareja de matrimonio. Dios escogía a tus padres y a través de sus padres Dios escoge a tu cónyuge. Esta es la razón por la cual Jesús habla su obviedad cultural "*lo que Dios ha unido, no permita que nadie se separe*". Dada la naturaleza de las familias palestinas del primer siglo, es fácil entender cómo sería destructivo el divorcio. No sólo separa a dos individuos sino que destroza la unidad de la familia extendida que era la base de esta sociedad. Las mujeres normalmente no pueden solicitar el divorcio. El divorcio era un privilegio masculino que traía vergüenza a la familia de la novia. Y en esta sociedad de honor/vergüenza eso abría la posibilidad de peleas y de vendettas

Naturalmente, todos querrían evitar el divorcio. En el tiempo de Jesús, el divorcio era permitido. Y había dos escuelas de pensamiento uno indulgente el otro estricto. La escuela indulgente decía que un hombre podría divorciarse de su esposa por cualquier razón, como el preparar una mala comida. La escuela estricta sólo permitiría el divorcio por una razón grave, como la inmoralidad o la embriaguez. El Evangelio de Marcos diría que el divorcio es demasiado destructivo para la armonía de la familia y la comunidad por lo tanto no está permitida. Curiosamente, el Evangelio de Mateo permite el divorcio por razones morales graves.

Así que ¿Dónde estamos hoy? Bueno, estoy seguro de que la mayoría de la gente aquí no se casa con su primo hermano, ni los padres eligen a los cónyuges de sus hijos. En la iglesia, la gente por lo general no entra en el matrimonio con la idea de que un día se van a divorciar. La gente vive mucho más, especialmente las mujeres. En el siglo XIX no era raro que un hombre se hubiera casado más de una vez. Las mujeres antes del siglo XX a menudo morían durante el parto. Un hombre se volvería a casar para que su segunda esposa cuidara de los niños. Las parejas casadas por 50, 60 o más años habrían sido raras. Nuestro tiempo es único, pero intentamos lo mejor que podemos para formar relaciones permanentes, estables y amorosas. A veces, cometemos errores y algunas relaciones son demasiado tóxicas. Y el divorcio es un resultado trágico. Así que buscamos sanidad y perdón. Discernimos con

pastores y confesores. Si somos tan bendecidos, tratemos de hacerlo funcionar una vez más con la ayuda de Dios. Oremos por el amor fiel en todos los matrimonios.

Paz,

Fr. Ron

Esta carta está en español en el sitio web: www.stannechurchbyron.com